

## A T A L A Y A

(LA BATALLA)

SOBRE ESTE MURO FRÍO ME HAN DEJADO  
con la sombra ceñida a la garganta  
donde oprime sus brotes de tormenta  
un canto vivo hasta quebrarse en ascuas.  
Yo aquí mientras el sueño los despoja  
y en sueños comen su mentida baya  
para erguirse en las venas de la aurora  
pábulo gris de su sonrisa vana;  
yo aquí mientras los sabios inocentes  
y los tranquilos de crujiente casa  
durmiendo abajo, y aprendiendo el frío  
de sus angostos mármoles descansan;  
yo aquí volteado por el viento negro  
que el olor de la noche desampara,  
los cabellos fundidos en raíces  
que van abriendo turbulentas lamas;  
yo solo entre planetas condenados  
que en busca de sus huesos se desmandan  
—la edad del mundo en esta pobre sangre  
que entre las quiebras de su historia clama—  
yo aquí turbado por la paz bravía

que con sagaces tímpanos me aplaca,  
sintiendo entre las médulas ausentes  
el duro frenesí de las espadas;  
yo aquí velando, los desiertos ojos  
quemados por el soplo de la nada,  
las negras naves y los negros campos  
vacíos de sus oros y sus lacras.  
Yo aquí temblando en la vigilia ciega  
rodeado por un sueño de cien alas,  
vestido por mi llanto me arrodillo  
mientras vuela mi sangre en nieve airada.

Sobre este muro frío me recobran.  
Oigo el rumor de los medidos pasos.  
Canta la noche en fuga por mi muerte,  
y el alba sale de mi rostro blanco.

## LOS COMBATES

## COMBATE OSCURO

SIEMPRE A MI ESPALDA EL NEGRO BOSQUE  
de donde salen cada aurora  
con una muerta flor de nieve  
en la garganta las palomas.

Y ante mi rostro —duelo frío—  
cascada inmóvil, luz furiosa,  
el duro ojeo de la esfinge  
cuaja mi sangre gota a gota.

Si retrocedo, yertas lamas,  
crispados ramos me sofocan  
v a la mirada de oro vuelvo  
en un vaivén de muerte angosta.

Resisto apenas: no hay pregunta,  
sólo un silencio sin historia,  
pero mis huesos crujen sordos  
y la ceniza me corona.

Hecho pedazos melodiosos  
¿quién me perdió, quién me recobra?  
La espada estira sobre el muslo  
el hilo fresco de la aurora.

## COMBATE SORDO

LLEVAN EL ROSTRO SIN ARRUGAS,  
pulcro, a la orilla de las flores,  
y una sonrisa con antenas  
los va guiando entre canciones.

En la maraña de sus pasos,  
a la sombra de sus talones,  
andan las víboras sin miedo  
tragando pájaros cantores.

Salen de un sueño acribillado  
por las lujurias del granizo;  
de las raíces de sus ojos  
cuelgan carámbanos de vino.

Y separados de su cuerpo,  
dócil borrón, títere fino,  
lanzan sus flechas guturales  
tras el apiario fronterizo.



Se llena el aire del aroma  
que abre el secreto de la herida,  
y de las pálidas cabezas  
burlada sangre se desliza.

Por las praderas, por las salas  
vienen y van en cauta liza  
y ricos quedan frente a frente  
de muerte clara y escondida.

## COMBATE IMPOSIBLE

CON ASTUTA CABEZA DE ZAFIRO,  
bloque de piedra fría y transparente,  
inmóvil, la mandíbula sellada,  
linda con la tiniebla el monstruo leve.

Mientras el polvo en que se duele el mundo  
curva su flor, su lágrima troquela,  
y entre los tersos cánticos del día  
sordas espadas con su vuelo templa...

Ah, nunca, nunca, la terrible escama  
su fuego amargo torcerá en la lucha,  
ni se abrirá para tragar mi cuerpo  
la boca acrisolada por la espuma.

Aquí jadeo hasta acabar la sangre  
clavada en la canción mi lanza triste,  
hasta que el fruto de su viejo vientre  
lance al estrago la materna esfinge.

## DESIGUAL COMBATE

TOCADO FUE POR LA RAÍZ DEL FUEGO:  
cuando miró hacia arriba  
vio las sandalias, vivas como gemas,  
por un camino de flamantes lilas.

Sobre el metal roído de su casco,  
sobre el hueco marcial de su atavío,  
sintió un andar el mísero guerrero  
como de aventurado paraíso.

No se movió la deslumbrante espada,  
no se empañó la blanca empuñadura,  
bastó a la muerte aquel rumor del cielo,  
la potestad de aquella luz desnuda.

Osó mirar, y fue sobre la hierba  
su cuerpo oscuro una secreta arruga.

## DURO COMBATE

TÚ NO ESTÁS EN LA SOMBRA VERDE  
ni en la violeta sumergida,  
ni tampoco en el oro fresco  
que gotea tenaz la viña.

Y yo levanto cada piedra,  
cada revés de flor me incita,  
y me aventuro cuerpo a cuerpo  
con la astucia de las espinas.

Yo te sé duro, responsable  
de mis recónditas heridas,  
esas que suben desplegando  
ácidas rosas por mis días.

Demonio anfibio que en mi sangre  
nadas hilando tu ascua viva,  
rozan tu piel los largos hielos  
de mis espadas sorprendidas.

Pero huyes raudo y tus escamas  
de abrasadoras turmalinas  
cambias en plumas que dardean  
en el secreto de la brisa.

Ciego combato y busco a ciegas,  
mientras me invades y me esquivas,  
el solo rayo de la muerte  
que no me mate a tu medida.

## COMBATE OBLICUO

ENTRE LOS ADULTOS JARDINES,  
cuando la flor copiosa esparce  
con los incendios del perfume  
la frescura que arredra al ángel,

sacan el rostro amarillado  
y sólo tocan las espinas;  
la sangre negra les asoma  
por el costado con que miran.

Sus pies arrastran la tormenta,  
cogen los detritus del rayo,  
y danzan entre los escombros  
como recónditos payasos.

A golpes bizcos se consumen  
cuando los ínclitos guerreros  
mueven espadas de neblina  
en la raíz de los almendros.

O contra pálidos demonios  
—tersos roedores del abismo—  
alzan el cielo en cada aurora  
sobre las palmas hecho añicos.

En la fiesta que nutre el llanto  
cuando fulmina la victoria  
salen de sus tibios rincones  
a ultrajar las torres hermosas.

Una baba tensa les abre  
la atroz quijada sin sonrisa  
mientras acercan tiritando  
sus hambres a la mesa altiva.

Y antes que se vuelvan los héroes  
—al escozor de sus presencias—  
con la túnica inmaculada  
y el escudo a la luz siniestra,

en la propia sangre devoran  
el vino triste de la guerra,  
y sus bocas resquebrajadas  
en lento polvo se dispersan.

## V I V A C

AL INDECISO BORDE EN QUE CIRCULA  
un capcioso relámpago de alas,  
fugan azules, amarillos abren  
los rostros de los cautos veladores.

El muro de temblor y soledades  
que el fuego enlaza con minutos de oro,  
las malheridas piedras asegura  
alrededor de su recinto isleño.

Pende la noche, yace, empuja, ciñe  
con músculo de escarcha y negro peso;  
la espina gutural de su respiro  
rompe en secreto venenosas bayas.

El campo gira en torno, gira y crece  
lleno de hierbas ácidas que buscan  
en la sangre los tibios bebederos  
descuajados del canto y del gemido.



Una conspiración de monstruos ciegos,  
un sordo atisbo, una viscosa marcha  
en el compacto andar de las tinieblas  
su velludo latido descompone.

Risas que de las médulas del miedo  
hacen guijarros de agresiva espuma  
con un chisporroteo arrepentido  
y en muerte de cristal cruzan el aire.

Y de las tenues máscaras que brincan  
al lívido jadeo de la hoguera  
saltan palabras que un instante chocan  
y a sus rincones, ateridas, vuelven.

Las miradas se tocan y se apartan  
cambiándose luciérnagas marchitas,  
viejas flores del alba entre las fuentes  
y antiguas invenciones del rocío;

entran en las amargas calaveras,  
revuelven en la hondura, abren extraños  
laberintos, ambulan y retornan  
con una lumbre que a la muerte irrita.

Mientras resbalan hacia el día, secas,  
y en sorda fuga ráfagas de llanto,  
blanquean las cenizas alumbradas  
con la gracia de Dios en el pedrusco.

## CLAMOR GUERRERO

QUE ME QUITEN ESTA ARMADURA  
lejana flor, pobre corteza,  
polvo del fuego sojuzgado,  
lama que el infierno alimenta,  
que me quiten esta armadura  
fina piltrafa de la guerra.

Que me arranquen esta coraza  
donde un borrado bosque suena,  
y con garganta sibilina  
a mi triste furor se pega.  
Auxilio, dioses, si podéis,  
reconocedme en esta niebla.

Tanto tiempo duró el combate,  
tanta fatiga me flagela  
con un turbión de ajados rayos  
que ya no quiero el alba nueva.  
Quitadme al punto piel y sangre,  
romped los huesos que me encierran,  
que mi desnudo brille frío,  
y se acrecienten las arenas.

## ALERTA

EL RAPOSO, EL RAPOSO . . .

Alerta, centinelas!

El raposo da saltos amarillos

lrededor de la celeste huerta.

¡Proteged esas rosas

que en abrasado cónclave decretan

el color de la aurora,

guardad las flores, enterrad las perlas,

¡sconded las palomas,

que el fúnebre raposo hace chasquear su lengua.

Ni razas del rocío

ni estirpes de libélulas.

Clausurad los perfumes,

¡abrid los manantiales y las gemas;

¡corren peligro todas

las criaturas bellas.

El raposo, el raposo . . .

Alerta, centinelas!

¡Tras él vendrán, tras el hediondo rastro

vendrán los otros con picantes lenguas,

con malas uñas, con oblicuas hambres,

¡sitiar la encumbrada ciudadela.

¡¡¡¡¡ Mulid vuestros venablos,

encended las hogueras,  
la transparente espada  
rigor del cielo en vuestra mano sea.

Ya vienen; garra, hocico,  
torcidos ojos en salada brega;  
cruzan brincando entre tinieblas verdes,  
entre sucios relámpagos jadean.

Ácida sajadura

viene haciendo en la noche su marea.

Desde los blancos muros

que el sitio amado de los dioses cierran,

dejad caer la muerte sin usura,

honrad a la amapola y a la abeja.

Los raposos, ya vienen los raposos . . .

¡Alerta, centinelas!

## DESAFÍOS

El desafío de la vida es un reto  
que nos plantea cada día.  
Nos exige que nos superemos  
y que no nos rindamos.  
Es un camino que nos lleva  
hacia el futuro.  
Un camino que nos enseña  
a ser mejores personas.

El desafío de la vida es un reto  
que nos plantea cada día.  
Nos exige que nos superemos  
y que no nos rindamos.  
Es un camino que nos lleva  
hacia el futuro.  
Un camino que nos enseña  
a ser mejores personas.

El desafío de la vida es un reto  
que nos plantea cada día.  
Nos exige que nos superemos  
y que no nos rindamos.  
Es un camino que nos lleva  
hacia el futuro.  
Un camino que nos enseña  
a ser mejores personas.

I

TÚ ESTÁS ENTRE ESTAS DULCES HOJAS  
que de sus diáfanos latidos  
entre tardos gestos de luto  
a frágil cobre han descendido.

Muestra la sombra, dame el rostro  
que ya en mi sangre te adivino.

Sobre la flor se ajó la lluvia,  
y un hondo pájaro que abría  
con tierna llama el primer cielo  
cayó gorjeando su ceniza.

Muestra la sombra, dame el rostro  
que entre los dos la muerte gira.

No ciñas torre que la piedra  
burla en cristales tu desgracia.  
Triste residuo del infierno  
ven a borrarte con tu llaga.

Enseña el rostro, que la muerte  
sólo se alumbra con mi cara.



ARROJA TU MANZANA AL PUDRIDERO,  
la luz de tus escuálidos planetas,  
tus aceites impúdicos, tus flores  
leprosas y tus lámparas resecas.  
Acércate baldío, aderezado  
de cuantioso oropel y fácil gema;  
burbujas agrias, gélidas espinas  
de vidrio airado hacen andar tu lengua  
que en los zócalos de oro se debate  
y el resplandor de los altares quema.  
Mendigo de los dioses, abre al punto  
tu triste mano bajo el sucio guante  
robado en las celestes roperías  
que en menester de máscara humillaste.  
Ven, a medir con tu encogida vara  
la cola del cometa que me invade:  
se cuebrarán tus ojos de ceniza  
cuando la luz sin mácula te arrastre,  
y tu cabeza llena de abalorios  
como un vilano brincaré en los aires.

I

(BLANCO)

POR EL CAMINO FRÍO  
se quiebran las palomas,  
nieve desorbitada  
sobre las hierbas llora  
y arrullos muertos crisan  
el rumor de las hojas.  
¡Qué lento mi caballo  
por la pradera sorda!  
Los cascos oprimidos  
por una densa rosa,  
su andar de piedra y nube  
sobre la intacta aurora.  
Mientras sube el caballo  
por la colina sola.  
el silencio deslumbra,  
los árboles se emboscan.  
El hielo cuaja flechas  
de mis pies a mi boca,  
mi lengua está vestida  
con abejas de loza  
y el cielo me estrangula  
con cerrada corola.

Ciego blancor de ausencia  
los ojos me devora  
y apaga los jardines  
de mi sangre remota.  
Dos alientos resbalan  
de las azules bocas  
y en los aires se duermen  
dos plumillas sin sombra.  
Caballo y caballero  
sin lágrimas reposan.

## II

(ROSA)

AQUÍ LA PIEDRA QUE A SU LUZ SOMBRÍA  
de un sorbo gris y largo me incorpora  
como una vaga fuente de cenizas  
donde el llanto quemó la última rosa.

Aquí desciendo de mi antigua estatua  
bruñida por los cánticos marinos,  
de sorda arena heridas las palabras  
hasta caer sin ojos en el frío.

Y allá, tan lejos, el verano que abre  
su rostro de oro ardiendo en las llanuras  
y gasta las herencias de mi sangre  
en la ráfaga alegre de las uvas.

Y allá, tan lejos, a la siempre orilla  
donde comienza el aire, el mar, el cielo,  
mi pie movido por su intacta dicha  
presto a imprimirse en el umbral de fuego.

III

(AMARILLO)

UNA PEQUEÑA LÁMPARA SE ENCIENDE  
junto al mar del verano. Arcilla, sombra.  
Crece la luz en círculo de abejas,  
en tiernos rayos de doradas hojas.  
Crece la luz: prendidos a los bordes  
del tembloroso resplandor azotan  
el aire negro pájaros ardientes  
que van cayendo en tierra melodiosa.  
Crece la mancha (y el latido rubio  
de mi sangre se enreda por sus orlas);  
se agranda en giros de rasgadas flores,  
se balancea con pesadas ondas,  
se arruga con crispadas madreelvas,  
en viento de retamas se desfloca,  
tiembla en herida espuma de leones,  
se estira en peces de incendiada cola;  
contra los arrecifes del nocturno  
salpica torrenciales mariposas.  
Crece la luz y gira. Entre diamantes  
amarillos mi sangre se desboca:  
en una danza de azafranes fríos

por los confines de la noche ronda;  
borrada orilla de musgosos cielos  
que el desgarrado vendaval coronan,  
en cenicientas lágrimas de oro  
se la beben sin tiempo y sin historia  
—mudo, engañoso tránsito del fuego—,  
ya sin mí, ya a la sombra de mi sombra.



IV

(PÚRPURA)

EN LA NOCTURNA HIERBA RECLINADO  
como un antiguo sueño de las fuentes,  
su cuerpo mide, a orillas de la nada,  
la pulsación del pánico celeste.

Y la lujosa herida donde sordo  
el huracán del ascua se recoge,  
fúnebre aurora de postrado día  
muerte chisporrotea entre las flores.

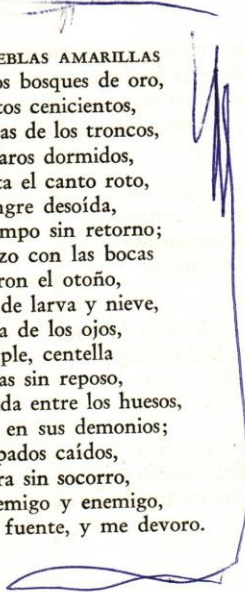
V

(NEGRO)

SEPARA, QUITA, ALEJA  
de mis ardientes pies tu triste boca  
llamada por un viento sumergido  
y un olor de crisálidas musgosas.  
No toques mis talones,  
tú quedas y yo parto: no te acerques,  
la muerte no me busca, me ha mirado  
tan solo, duramente.  
Colérica y desnuda  
saltando entre sus perros me ha tendido  
una centella de esmeraldas frías  
y de picantes puntas de rocío  
bajo los pies, para que escape ileso  
separando cadáveres y espadas;  
me ha señalado un rumbo  
entre pájaros ciegos que no alcanzan  
todavía los ojos de la aurora,  
entre plegadas rosas de mis años,  
entre yemas de viña y nomeolvides,  
entre calientes músculos y ramos,  
entre oros tensos que el verano sueña  
y dulces curvas que el otoño envidia.

No me detengas, no es la hora, escucha:  
tu sangre cuaja entre la hierba hundida.  
A mí la luz me ciñe,  
flores de octubre en mi cintura huelen.  
Marcha al delirio de tu negra boda:  
abre tu noche, calla, olvida, muere.

## ÍNTIMA LID



EN LAS TINIEBLAS AMARILLAS  
bajo los ciegos bosques de oro,  
entre los frutos cenicientos,  
entre las brasas de los troncos,  
los viejos pájaros dormidos,  
en la garganta el canto roto,  
vuelos de sangre desoida,  
lianas del tiempo sin retorno;  
crudo tropiezo con las bocas  
que se bebieron el otoño,  
blando fluir de larva y nieve,  
sorda pradera de los ojos,  
espada múltiple, centella  
de mil heridas sin reposo,  
muerte crecida entre los huesos,  
ensimismada en sus demonios;  
bajo los párpados caídos,  
en la clausura sin socorro,  
yo y yo, enemigo y enemigo,  
caigo en mi fuente, y me devoro.

YO ANDABA EN LUMBRE DE OLIVOS  
y en luz de viña madura,  
la boca una brasa oscura,  
las manos, tizones vivos.

Resplandores agresivos  
victoreaban mi cintura;  
en la negra empuñadura  
latían rayos cautivos.

Y cuando en blancos fulgores  
fraguaba la herida flores  
por mi turbio pensamiento,

me vi venir cielo abajo  
y de un solo, absurdo tajo,  
vestir con mi sangre el viento.



DESDE EL MAR UNA ANTIGUA MUCHEDUMBRE  
de reflejos invade lentamente  
la soledad cerrada a niebla y bosque,  
la soledad cercada hace mil años  
por pálidos guerreros  
que duermen a la sombra de la sangre,  
ciñen negras espadas  
sobre el largo carámbano del muslo,  
y cortan cada brote,  
cada yema sonámbula del día.

El latido del mar abre en mis sienes  
dos vagas ostras de cuajado azogue  
con sutiles venillas de violeta  
que estiran sus relámpagos prohibidos,  
y un alba yerta, apenas sostenida  
por dos amargos peces  
que nadan en el aire como sombras del iris,  
tiembla en su amoratado ser de espuma,





se arriesga en hojas de salado nácar,  
y en el borroso corazón marino  
del aire prisionero hace mil años,  
comienza a oler a herrumbre, a rosa herida  
que no alcanzó los bordes de la aurora.

## PRISIONEROS

I

SUBE EL FRÍO TENAZ ENTRE LAS PIEDRAS,  
sube en diáfanos tallos.

A través de mis huesos, de mi sombra,  
su flor azul viene a buscar mis labios.

Convoco antiguas primaveras, pulso  
mi cuerpo herido y solo,  
y un amargo esplendor trenza en mi sangre  
al canto de la nieve un son de oro.

Cruza el hierro entre el campo y mi agonía  
(nunca tan hondo el cielo).  
Las bestias serenísimas esparcen  
su alegría de hierba al sol secreto.

Yo aquí con ojos para ver sin tregua  
cómo sitian los muros  
este brote del fuego que levanta  
mi queja entre los pájaros del mundo.

Para ver hasta el fin cómo me buscan  
las sigilosas piedras,  
y un dios triste, en mi sueño poderoso,  
viene con ellas.

EL ENEMIGO ANDA AUSENTE  
sobre un palafrén de fuego.  
Oigo el galope amarillo  
detrás de mi duro sueño.  
El enemigo me ignora  
y yo soy su prisionero.

Ni muros me arman frontera  
ni torres me dan tormento,  
pero con un son sin pausa  
castiga mi pobre sueño  
el amarillo galope  
de su palafrén de fuego.

No hay guardias en los jardines  
ni lazos en el sendero,  
mas borra los horizontes  
de la vigilia y del sueño  
el amarillo galope  
de su palafrén de fuego.

Mis recónditos adioses  
como relámpagos secos,  
tiniebla en la sangre estancan  
mientras rompe a ras del sueño  
el amarillo galope  
de su palafrén de fuego.

Y hace del manjar ardiente  
con que me afrentan los cielos,  
tesoro vuelto de espaldas,  
sonora llaga del sueño,  
el amarillo galope  
de su palafrén de fuego.

No hay lazo, guardia ni torre  
ni muros a mi deseo,  
pero estruja en rauda muerte  
la invicta flor de mi sueño  
el amarillo galope  
de su palafrén de fuego.

Mientras el llanto en mi sombra  
fiia su bosque de hielo,  
ausente, al tenso galope  
de su palafrén de fuego,  
el enemigo me ignora  
y yo soy su prisionero.

## RONDA

EN LOS CONFINES DE LA NOCHE  
un árbol brilla, sangre y oro;  
muerte sus ramos la distancia,  
bruñe el relámpago su tronco.

Negro camino, negra nieve  
entre mi pecho y el tesoro.  
Los duros labios de la esfinge,  
su aliento audaz sobre mi rostro.


Soldado triste, hambrienta boca.  
La noche punza llena de ojos,  
y en la enemiga huerta pende  
llameando el fruto silencioso.

La mano tiendo, el pie deslizo,  
voy a cruzar el campo sordo:  
voy a gritar hasta la muerte;  
que alce la espada su meteoro.

A ras del fúnebre horizonte  
quiebra mi voz su vuelo ronco,  
y una manzana de ceniza  
rompe en mi lengua su agrio copo.

## LOS MENSAJES





¿QUIÉN ERES TÚ EL QUE TIEMBLA CUANDO  
EL CANTO

sube entre amargos árboles de nieve  
y esparce un iris de centella rota  
por las orillas donde el cielo duerme?

¿Quién eres tú que tiendes el oído  
desnudo entre las sórdidas mareas  
hacia el único pájaro despierto  
que en la almendra del rayo picotea?

Entre lutos de flor y frías bayas  
por la espinosa niebla te deslizas,  
y en un radiante laberinto coges  
el hilo de la blanca melodía.

¿Quién eres tú que hasta mi sangre llegas  
en un río secreto de las horas?  
¿Debajo de qué rostro estás oyendo  
lo que la noche en mi garganta llora?

Porque pierde sus lágrimas el viento  
que por los campos de la muerte llega,  
y un breve espacio de jardín estalla  
en el seco nocturno de la guerra.

Y esta música sola, este seguro  
relámpago en que Dios jamás se explica,  
riberas goza en tu nocturno oído  
sobre el cruzado andar de las heridas.

Amigo o enemigo, tú el que sales  
a buscar la noticia de los cielos:  
escúchame sin rostro y sin respuesta,  
que sin sombra mi voz irá a tu encuentro.

II

LOS MENSAJES

¿QUÉ HACES AHÍ SENTADO SOBRE UN  
TÉMPANO VERDE  
(mientras el humo cruza sus ramos en mi rostro)  
cubierto por el trueno blando de las gaviotas  
(mientras baja mi sangre a esperarme en el  
polvo)

con tanto mar de nieve, con tan redondo olvido  
(mientras me cabe apenas tu nombre en la  
garganta)  
mirándote en los ojos estancados del tiempo  
(mientras rompen mi lengua las últimas  
palabras)?

Tú frío entre jardines de tonantes blancuras  
(yo brizna de pavesa, desmemoria del fuego)  
vivo como una fuente que el relámpago asiste  
(yo con los pies perdidos en el umbral ajeno).

La torre de los vuelos defiende tus oídos  
(siento que mi cabeza cae de todos los bordes).  
Oh blanco amigo y dueño del más temible gozo  
(ya estoy donde has de oírme por mucho  
que demores).

#### TRIUNFO DE GUERRERO /

DIOS LE HA VISTO FRECUENTE EN LA BATALLA,  
tan ligero el caudal de su alegría  
que antes de ser corola se abre en nube,  
y antes de nube en sueño se desliza.

Le ha visto andar en ráfagas de llanto,  
la sangre a rastras en la sombra dura,  
la boca llena de canciones muertas  
que no alcanzaron a heredar la espuma.

Le ha visto abrir a hueso delirante  
el bloque azul de la nocturna escarcha,  
y el oleaje animal de las honduras  
donde el silencio rompe las quijadas.

Le ha visto fiel y ciego de inocencia  
donde el iris estalla clausurado  
en un redondo vértigo de flores,  
detenido en un dédalo de rayos;

queriendo huir por un cristal continuo,  
bramando de coléricas espigas,  
disparado en las médulas del fuego  
y muerto, al fin, de espléndidas heridas.

## APOTEOSIS

LA TÚNICA DEL FUEGO SE LEVANTA  
como si el puño blanco del infierno  
la hendiese cielo arriba, y se repliega  
en torneada tromba, erecta palma  
de donde cae en gotas el desierto.  
Largas arenas y cenizas caen,  
cenizas de oro caen, llanto duro.  
Como un león en fuga por sus llamas  
cae la sed; la ráfaga del yermo  
se despeña cuajada por la muerte,  
del erizado borde en las alturas  
contra el negro remoto, un pozo frío  
a donde asoman rostros iracundos,  
y entre los burbujeos de la sombra  
plumas quemadas en celeste clave,  
rescodos de salterios y de flautas.  
Yo, cintura del sismo, luzco indemne  
mi corona de espumas y adelanto  
bajo un escudo de apuradas nieblas  
el pecho más buscado de las llamas.  
Oh hueco, ausencia de raíz y espacio,  
hueco del hueco, rabia de la nada,  
sordera de la forma, yerta huida

de flor llorada en un no ser sin tregua.  
Cae mi sangre, por fin, en las fastuosas  
purpúreas ramas donde muere el viento  
y desenvuelven su llagado brío  
las dalias ciegas que la noche entonan.  
Caigo sin fin, asido a un dulce duelo  
como el tránsito agudo de la rosa,  
y bajo mis rodillas abolidas  
estallan los oasis, y los labios  
corean mi retorno; los oídos  
abiertos en mitad de una pradera  
labrada en oro musical, escuchan:  
—las flores suben sin temor— escuchan  
un solo son, y para siempre escuchan.